

# La historia del futuro

Isaac Marcet

El tiempo nació con un sacrificio. Antes del pasado, el presente y el futuro solo existían Gea y Urano, la tierra y el cielo. Según el mito griego, formaban un anillo de fluidos y de luz que giraba y copulaba sobre su eje. La realidad, entonces, era un amanecer que no conocía su ocaso. Desde el principio, fueron muy dichosos, tanto que no podían diferenciar el cuerpo del uno y el otro. Sin embargo, algo cambió el curso de los acontecimientos. De la nada, un día, Gea tuvo un pensamiento propio: «¿No sería hermoso engendrar un hijo que fuera el reflejo de nuestra unión, uno que tuviera el rostro de la tierra y el cielo unificados? Si fuera así, lo amaría más que a nada en el mundo».

Poco después, sus deseos se convirtieron en realidad. Su vientre se hinchó como un globo y pudo escuchar las voces de sus hijos murmurar por primera vez: «Mamá, mamá». Deseaba con todo su amor parirlos. Urano, en cambio, se negó a dar origen a su progenie. Pese a la insistencia de aquellos gemidos y rumores, temió que naciese el Tiempo y que ese amanecer que formaban los dos se transformase en anochecer. Por eso, el cielo se cerró en banda de la misma manera que una concha marina. Aquel desencuentro se recordaría como la primera disputa marital del universo.

Tristemente, Gea y Urano pasaron la eternidad sin hablarse. Mientras él dormía, ella lloraba. Si él estaba despierto, Gea hacía ver que soñaba. En la inmensidad del infinito, encontraban cualquier excusa para no toparse entre ellos. No obstante, el falo de Urano seguía dentro de la vulva de Gea, quien se precipitaba hacia la muerte si no ponía remedio a aquella violación. Gea tuvo entonces una idea aún más solitaria y peligrosa que la primera: «Para salvar la vida de mis hijos, además de la mía, hemos de traicionar al cielo, a Urano». De pronto, sintió algo frío y palpitante en sus manos, pues aquella cavilación se había transformado en una hoz de hierro. Según el mito, en ese segundo se creó el metal: el metal de los crímenes futuros.

La sangre de Gea ardió con esa arma entre sus manos. «Hijos míos —les dijo a todos ellos en el interior de su vientre—, vuestro padre nos prefiere muertos antes que libres. ¿Quién de vosotros disputará la violencia del cielo?». Ninguno dio un paso al frente. Pese a que adoraban a su madre, el miedo que sentían por su padre era mayor. Según imaginaban, el cielo era capaz de provocar las peores tormentas y tempestades. Gea, ante su negativa, creyó morir y disolverse; para ella, ya no tenía sentido seguir viviendo. Sin embargo, Cronos, el titán del tiempo humano, dijo: «Yo», y cogió la hoz. Según él, había llegado la hora de que diera comienzo la cadena de parricidios que llegaría hasta nuestros días. Madre e hijo, así pues, ascendieron por el vientre cavernoso de ella con un solo propósito: sacrificar a Urano.

Cuando llegaron al lecho matrimonial, Cronos se enroscó y se escondió entre las sábanas de nubes; parecía una sombra en un paisaje montañoso de nieve y de luz. Mientras tanto, allá arriba, los rostros del cielo y la tierra se confundieron por última vez. Para no olvidarle nunca, ella cerró los ojos, sonrió y lo sintió muy dentro de su cuerpo. «¿Qué ocurre?», dijo Urano de golpe al despertar. «¡Lo siento, amor mío!», respondió Gea. Cronos se descubrió, alzó la mano que sujetaba el metal del sacrificio y le cortó los genitales a su padre. Al instante, la sangre tinto el orbe, el alba tembló y el horizonte se dividió en dos. Desde ese momento, cielo y tierra estarían separados; fue un divorcio universal.

Tal como lo conocemos, el tiempo humano nació con esa castración original. La escisión de la tierra y el cielo dejó entonces una brecha que llenaron enseguida los segundos, minutos, horas, días, años, siglos. Corrían más veloces incluso que la luz y el sonido. A partir de ahí, el pasado, el presente y el futuro instauraron la arquitectura de la realidad. Las estaciones, por consiguiente, se sucedieron como el viento: nacieron la primavera, el verano, el otoño y el invierno, y el universo experimentó por vez primera el bochorno de la canícula y el frío del hielo. La hoz del crimen, aquella que había oficiado el sacrificio del padre, pronto se utilizaría para segar la cosecha. El mundo se hizo mundo, un mundo donde cielo y tierra se mantendrían cada vez más alejados. Tanto es así que el padre acabó por refugiarse en su oscuridad, en la noche de su cielo.

«Recordad mis palabras —dijo Urano a la madre y al vástago mientras se alejaba con las manos en la

entrepiera—: vuestra venganza será vengada». Sombríos, ambos le vieron retirarse a los confines del orbe, donde se mantendría a la espera. Durante mucho tiempo, no se supo más de él. Por eso, toda mitología, religión y arte es una respuesta a esa maldición que el cielo hizo a la tierra. Mediante el sacrificio, los hijos del tiempo íbamos a tener que quitarle la vida a uno de los nuestros para compensar la deuda contraída con el firmamento. A veces, incluso al más querido de ellos. Si no fuera así, el universo podría cambiar su eje gravitatorio y sus partes colisionar entre sí. Su equilibrio iba a depender enteramente de nosotros, los últimos en aparecer en esta obra de teatro del devenir.

La palabra *tiempo* esconde en sus fuentes el secreto de nuestro origen. Todo lo que queramos saber está ahí, entre su negra y húmeda raigambre. La raíz protoindoeuropea del nombre *Cronos* es *(s)ker*, «cortar». Al Tiempo, por tanto, deberíamos llamarlo «el cortador» del cielo. Su verdadero nombre es ese, el nombre detrás del nombre de las apariencias. De la misma manera que el despertador interrumpe nuestro sueño el lunes por la mañana, el Tiempo es ese corte que muchas tradiciones han contado en sus mitos. Según la tradición védica de la India, Rudra extirpó el falo de Prajapati, la eternidad, al copular con la aurora. Dicen que su semen se derramó por toda la geografía terrestre confundándose con la espuma de las mareas. Habida cuenta de *La canción de Kumarbi*, de la tradición mesopotámica, Anu, el cielo, fue castrado por Kumarbi. De la misma manera, la tradición del antiguo Egipto narra la historia de Teshub, que utilizó la hoz para separar la tierra y la bóveda celeste. *Tempus*, a tenor del

latín, otra vez, es una extensión fragmentada. Finalmente, el Tiempo es esa cuchillada que troceó en sujeto, verbo y predicado lo que otrora estaba unido. La mezcla de sangre y esperma del padre-cielo fue la génesis del lenguaje.

De este modo, ocurrió en Grecia. Al cometer ese crimen, el amanecer se hizo mediodía y Gea pudo alumbrar a una plétora de titanes y dioses. Sin embargo, ese nacimiento dio pie a muchos más, tantos que parecían multiplicarse solo con su presencia. Al notar el sol sobre su blanca piel, los recién nacidos desearon copular los unos con los otros, pues una mirada o un rozamiento bastaban para germinar un río o una montaña nuevos. Los bosques y el campo se llenaron de júbilo, de rabiosa fecundidad. Los hijos tenían sexo con sus madres, los tíos con sus sobrinos, las copas de los árboles con el viento...